

— ¡Gran Dios, ha muerto! exclamó Prévinières.

Dauziat, dejando su prisionero, se acercó, puso la mano sobre el corazón de Ana, y sintiéndolo latir, dijo :

— ¡No, está viva! Llémosla á su habitación...

Luego, llamando con precipitación, ordenó á los criados que iban y venían aturdidos :

— ¡Inmediatamente : un médico!...

Levantaron después á la joven, y con infinitas precauciones la pusieron en su cama.

Mientras, en la sala, donde, debido á la lucha, todo yacía en una confusión y en un desorden indescriptibles, no había quedado nadie : los criados estaban buscando los auxilios y Carlos había desaparecido.

VIII

Durante diez días Ana estuvo entre la vida y la muerte. Una noche la vió Santiago con una fiebre tan alta, tan decaída é incapaz ya de resistir sus dolores, que mandó buscar á Dauziat y le rogó que velara con él, porque temía hallarse solo en el momento en que ella rindiera su último suspiro. La joven deliraba llamando á grandes gritos y sin cesar á su amante, á quien imaginaba en marcha para la cita que le había dado Carlos.

Vanamente el joven le hablaba, tratando de sacar su espíritu de las ideas vagas, tenebrosas, pobladas de quimeras en que se perdía flotando : ella no escuchaba su voz, no reconocía su semblante, y en vez de eso, lo tomaba por el asesino, lo rechazaba, lo insultaba y se esforzaba en escapar de él. Y este estado era tan doloroso para él y tan funesto para ella, que Santiago tomó el

partido de no aproximarse á la cama donde Ana dormía su horroroso sueño de alucinada.

Los dos amigos, sentados junto á la chimenea, escuchaban con una tristeza indescriptible las divagaciones febriles de la herida. De tiempo en tiempo Dauziat se levantaba para darle de beber: de él lo aceptaba todo y hasta parecía reconocerlo algunas veces, en las cuales inquietándose por Santiago, trataba sobre el joven — que se hallaba á dos pasos de ella — y después caía de nuevo en su estupor doloroso.

La madre Carlos venía diariamente á pedirle noticias á la portera: la primera vez la encontró Dauziat, con quien llorando pasó un cuarto de hora de conversación en el pasillo de la puerta cochera. Santiago ignoraba estas visitas: los criados tenían la orden de no contarle nada, así como de no abrir la boca para relatar lo que había pasado en el apartamento. Para todos los inquilinos de la casa, un ladrón, sorprendido por la señora de Descharmais en momentos en que forzaba uno de sus armarios, había tratado de asesinarla.

Las pesquisas hechas por la policía fueron infructuosas, lo mismo que resultaron cuando el crimen de la pobre Elena: los que podían ilustrar

á la justicia, tenían interés en que no supiera nada, la Jefatura y el juzgado fueron y vinieron á cual más y mejor, y los noticieros de los periódicos, exasperados por no saber una palabra, ni siquiera haber logrado ser recibidos en el apartamento, se resolvieron á inventar una historia rebosando fantasía.

El genio profesional de estos últimos no les sirvió demasiado mal, puesto que las relaciones que dramatizaron no estaban muy lejos de la verdad:

« LOS DRAMAS DE LOS CELOS.

» UN ASESINO POR AMOR.

» LUCHA TERRIBLE ENTRE M. X. Y EL MATADOR.

» LA CONSIGNA ES NO DECIR NADA. »

Todos estos títulos, impresos á la cabeza de la primera plana y con gruesos caracteres, daban aspecto llamativo á los periódicos, divertían al público y desesperaban á la policía. El jefe de la seguridad trató de hablar con Ana cuando supo que ésta se moría, y fué recibido por Dauziat, quien tuvo un placer en chasquearlo: el literato, con una ingenuidad perfecta, le contó que la señora de Descharmais, en un acceso de desesperación trató de atentar contra su vida, porque

sospechada de mantener relaciones con un su amigo de la infancia, y amenazada con la ruptura por un cumplido joven á quien amaba, no pudo soportar una escena violenta que había tenido lugar entre los dos rivales, inopinadamente puestos frente á frente en su casa, y de ahí su horrosa tentativa felizmente malograda.

Y como el funcionario extrañado hiciera mérito de los primeros clamores escuchados en la casa, que fueron los gritos de los criados pidiendo socorro contra el asesino, Dauziat, con aire de muy sorprendido, le replicó que en una situación semejante, por lo general la gente pierde la cabeza y grita cualquier cosa, ya sea « ¡fuego! » ya « ¡ladrones! » ya « ¡asesinos! » ocupándose solamente de hacer ruido y escándalo para que acudan de fuera; y que á mayor abundamiento, sabía muy bien cuanto decía, porque él mismo fué quien separó á los adversarios y levantó á la mujer herida.

Entonces, viendo la insistencia de su interlocutor, se cerró en una gravedad fría, declarando que no había ningún informe que dar, que se trataba de un asunto privado sobre el cual no se había querellado nadie, y por consecuencia, nadie

estaba autorizado á ocuparse oficialmente. Además, que él se complacía en hablar con el jefe de la seguridad y en absoluta confianza; pero que si la ingerencia de la policía había de hacerse más completa, tendría el pesar de oponer á esas investigaciones el mutismo y la inercia.

Con la madre Carlos tuvo otro lenguaje: claramente le advirtió que se hallaba decidido á hacerla encerrar en la prisión de San Lázaro como cómplice de su hijo, si el mismo día ese bandido no desaparecía para no regresar más nunca; y como al entrar el literato en su casa una vez á las seis de la tarde, se hallara que ante su puerta lo esperaba Carlos, sin decirle una palabra le hizo seña de que lo siguiera, y en su gabinete, muy encerrado, le habló de una manera decisiva:

— Esta vez es necesario no titubear, porque ya estoy fatigado de sus resistencias. Si desde la primera vez yo hubiera acudido á comunicarle al Procurador de la República todo lo que sabía del pasado de usted, á esta hora estaría pudriéndose en la prisión de los condenados á muerte, á tres pasos de la guillotina, y la pobre Ana no ardería en fiebre sobre su lecho de sufrimientos aguardando la muerte. Es mi indulgente debilidad

quien le ha permitido á usted agravar su culpa, y tengo el deber de reparar mi imprudencia. Así, pues, usted no saldrá de aquí antes que todo quede muy bien convenido.

— ¿Cómo? preguntó Carlos con aire amenazador: usted sabe que no hago sino lo que me place...

— Pues bien, usted se arreglará, porque lo que me conviene le place...

— ¿Qué es lo que puedo temer? ¿la muerte?

Luego tuvo un gesto de indiferencia, y agregó:

— El presidio es peor... pero se sale de él.

— ¿Y la madre de usted?

El bandido se estremeció; una nube pasó por su frente, quedó callado y parecía estar perdido en un ensueño inquieto.

El escritor continuó:

— Usted no ha hecho hasta ahora muy dichosa á esa pobre mujer, sino que grado por grado la ha conducido á lo más bajo de la miseria y de la abyección... Ella, sin embargo, lo ama á usted, y antes la cortarán en pedazos que obtener de ella una palabra que pueda perjudicarlo á usted... ¿Y esa adhesión nó merece siquiera alguna recompensa? ¿y cuando tiene usted por última vez la ocasión de empezar de nuevo su existencia y

endulzar un tanto el fin de la de ella, aún titubea por no se sabe qué humillos de jactancia y vanidades? Y puesto que no tiene usted el aire de retroceder ante el presidio ni ante el patíbulo ¿qué espera conquistar por medio de ese heroísmo de la infamia? ¿Ana? Esa pobre se está muriendo, y sin duda que usted no la volverá á ver nunca. ¿Yo? Por mi profesión estoy habituado á crear personajes lo mismo que usted y más completos, por lo horroroso, de lo que ni en sueños puede usted llegar á serlo. ¿Tiene usted la pretensión de matar á Prévinquières? Pues no lo logrará, porque si se atreve siquiera á pasar por ante la puerta de su casa, le juro á usted que lo entrego á la policía. Le queda un buen partido que tomar, y es el que le aconsejé antes de cometer su último crimen, y que es el mismo que le propongo todavía; pero no piense que lo hago en interés de usted: es únicamente por evitar á esos á quienes ha hecho tanto mal, la última fechoría que puede usted causarles: el escándalo del proceso de usted. Si todavía le queda en el alma un vestigio de honradez, entonces aceptará usted lo que le indico, y de ese modo reparará hasta cierto grado las faltas cometidas.

El brigante no respondió, y Dauziat comenzó á temer creyendo que acababa de predicar en desierto, cuando aquél, lanzando una sorda exclamación y golpeando violentamente con el pie, le contestó :

— Los hijos expósitos encuentran que pueden proceder libremente en la vida, porque, al menos, no tienen que contar con los lazos de la naturaleza ni con las obligaciones de la familia... ; Pues bien, sí, cuente usted conmigo! ¿Está usted contento? ; Puede contar conmigo!

Y rechinó los dientes, lleno de impotencia y de rabia.

— ¿Es decir que usted partirá? interrogóle Dauziat; ¿cuándo?

— Esta noche.

— ¿Para América?

— Para América.

— ¿Cuánto dinero quiere usted?

El bandido levantó la cabeza con aire ofendido, y contestó rudamente :

— ¿Cree que voy á aceptar ser pagado por usted? Guarde, pues, su dinero.

Y se puso á reir y á mover los hombros. Luego añadió :

— Yo enviaré á mi madre esta noche, y usted le dará lo que quiera.

Después avanzó hacia la puerta, pero Dauziat lo detuvo diciéndole con tono grave :

— Por lo tanto, nada de engaños : ¿usted se compromete á partir?

— Usted tiene mi palabra.

Y tras esta declaración, Carlos salió.

Por la noche la madre se presentó en casa del escritor, y con suspiros y sollozos le anunció que su « demasiado culpable, pero siempre querido hijo », había tomado el tren para Brest : allá, esperaríá que le enviara fondos para expatriarse, y más tarde ella iría á reunírsele, cuando ya él hubiera fijado su residencia en cualquiera ciudad del Nuevo Mundo. ¡Y cuán penoso era á su edad — agregaba la vieja — dejar su país para ir á vivir en medio de extranjeros cuyo idioma no conocía!

— Eso le evitará á usted habladurías, dijo friamente Dauziat.

La nodriza, viendo que su enternecimiento no producía efecto ninguno en el literato, se volvió dura y fría como una piedra, sus lágrimas se secaron y sus gemidos concluyeron. Miró con atención

en torno suyo, como si avaluara los muebles para hacerse una idea de la cantidad de dinero que podía pedir á un hombre tan simplemente instalado, y Dauziat que la observaba y leyó sus preocupaciones en sus ojos le dijo :

— Yo, en el lugar de usted, no aguardaría que él llegara para partir, sino lo acompañaría y no pondría el dinero en sus manos, sino lo guardaría para abrir un establecimiento en un país de lengua francesa, como el Canadá. Ya que él está en Brest, yo tomaría el tren de mañana para embarcarme con él, y no le confiaría más que el precio justo del pasaje. Ambos pueden, si son juiciosos, prosperar con el dinero que voy á entregarle...

Á estas palabras la madre Carlos no pudo privarse de decirle :

— La vida debe ser cara en esos países...

— Sí, pero se vive; mientras que aquí...

— Bueno, bueno, gruñó la vieja, nosotros sabemos que es preciso partir...

— Y no volver jamás...

— Más nunca : cuando yo haya pasado el mar una vez, no tendré ganas de volver á hacerlo... ; Yo, que me mareo en los vaporcitos cada vez que voy á Billancourt!...

Dauziat abrió la gaveta de su mesa, tomó un paquete todo preparado y lo tendió á la madre Carlos :

— Ahí dentro hay seis mil francos... Eso se lo doy yo ; así es que no espere que vuelva á hacer lo mismo otra vez...

— ¡ Oh, señor ! gritó la vieja deshaciéndose en manifestaciones de gratitud : yo había juzgado bien su corazón, y le dije á mi hijo : — « Mira, el señor de Dauziat es un hombre que comprende la humanidad, y no nos dejará en la miseria... » Señor, nosotros seremos siempre sus servidores reconocidos... ¡ Ah, si mi pobre Ana supiera lo que pasa, nos hubiera quizás dado más ; ella es tan buena!...

Esta vez Dauziat tuvo que incomodarse : empujó á la madre Carlos hacia la puerta y le dijo :

— Quedamos en eso : no quiero su agradecimiento, pero cuento con su puntualidad... Usted partirá mañana, y no se escuchará hablar jamás ni de usted ni de su hijo... ¡ Jamás!... ¿ Estamos entendidos ?

— Jamás, mi digno señor... ¡ Ah, si el cielo, en lugar de mi desgraciado hijo, me hubiera dado uno como usted, yo hubiese sido muy dichosa !

— ¡Mil gracias! le gritó el escritor ceremoniosamente, y puso á la vieja en la puerta.

Poco después, en el apartamiento de Ana, sentados junto al fuego, velaban los dos amigos, y hablaron por la primera vez del asesino :

— ¿En qué ha parado ese miserable? preguntó Santiago.

— Ha desaparecido para siempre; no tendrás ya nada que hacer con él.

— ¿Cómo lo sabes tú?

— Fuí yo quien le saqué el pasaje.

Santiago miró á su amigo con estupor :

— ¿Por qué no lo entregaste á la justicia?

— Para que no me reprocharas un día el haberlo hecho.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— ¡Pero si yo hubiera matado con toda alegría á ese monstruo que ha amargado para siempre mi existencia!...

— De acuerdo; pero era necesario haberlo matado cuando te ofreció la ocasión: entonces se hubiera dado que hablar dos días, y luego nadie más hubiese pensado en el asunto... Mas, entregarlo á la justicia, y como consecuencia forzosa,

ponerlo ante los tribunales: remover todo el fango y toda la sangre en que se ha revolcado ese bandido, proporcionando así vasta materia para llenar muchas columnas de periódicos y hasta para el argumento de un drama ó de una novela... todo eso me ha parecido de lo más deplorable.

Santiago quedó un momento silencioso, y después observó :

— Siempre has tenido una extraña debilidad por ese facineroso...

— Convengo contigo, replicó Dauziat: me interesa, porque tiene sangre y músculos y en su género es un héroe: nunca ha calculado la trascendencia de sus actos, sino los ha ejecutado impulsivamente, como el toro que baja la cabeza y embiste. Si los hubiera meditado, quizás hubiese retrocedido ante la infamia y la crueldad: es un monstruo á la manera de los tigres, que son feroces por naturaleza y sin refinamiento ninguno... Esos son los seres de que se hacen los hombres de empuje y de que tanto partido se saca en la guerra: con ellos, nada de discusión: se les impulsa, se les lanza, parten despedidos como avalanchas, y lo derriban y lo voltean todo, ó perecen despedazados... Esos seres tienen el cerebro de

plomo, el corazón de bronce, el brazo de acero y nada les intimida.

Santiago no respondió : con la cabeza baja, parecía no haber escuchado á su amigo, pero al cabo de un rato alzó la frente, lanzó un suspiro y dijo :

— Ana lo ha amado...

— ¡Es á ti á quien ella ha amado, y es por ese amor que se halla moribunda!... No seas ingrato con esa pobre mujer, que si no te hubiera defendido con una energía pasional, no la veríamos ahora en la agonía, ni tú estarías sobre la tierra : cierto es que ha cometido faltas, pero las ha purgado todo lo que ha podido, y cuanto á la sinceridad de su afección por ti, lo ha probado hasta con riesgo de su vida... ¿Hubieras hecho otro tanto por ella? Quiero creerlo, mas eso no es seguro : las mujeres son más intrépidas que los hombres, más adictas y sin oculta idea... Si no hubiera cruces de honor, medallas de salvamento y otras instituciones emuladoras de la vanidad, nuestros semejantes irían con pies de plomo á exponerse en los peligros; pero las mujeres seguirían lo mismo que ahora... Callémonos, que se ha despertado...

Ana se agitó en la cama murmurando vagas palabras : Dauziat se levantó y elevando con cuidado fraternal la cabeza de la herida, le dió á beber de la poción calmante : ella lo miró con ojos azorados, sonrió, una sombra pasó sobre su frente y exclamó con voz sorda :

— ¡Santiago!... ¿adónde está Santiago?...

— No se atormente usted, que él está seguro...

— ¡No! El asesino vendrá para matarlo á su vez... No abandone nunca á Santiago... Los dos juntos no serán demasiado contra ese miserable..

— Ese está bien lejos; tranquilícese usted, que Santiago no corre peligro ninguno.

— ¿Bien lejos?... ¡Nada será bastante lejos!...

Al fin, las fuerzas le faltaron, se volvió sobre su almohada y con esfuerzo acomodó la cabeza : después de un instante, más calmada, no hizo otro movimiento que el de cerrar los ojos, y Dauziat volvió á tomar su puesto.

— Ya ves : siempre tú; un solo pensamiento persiste en su calenturiento y desordenado cerebro : el de asegurarte de todo peligro.

— Sí, lo sé bien.

— ¿Y la has amado alguna vez tanto como te ama?

Prévinquières quedó pensativo; después respondió :

— Lo que me desgarrá, es que yo sé bien que me inspira horror, y que esto es injusto, mas no puedo sobreponerme á esa impresión : entre ella y yo está la otra, la inocente, la pura, la dulce víctima. Es una sombra que me envuelve, que no me deja nunca, sin que pueda lograr ahuyentarla, á pesar de mi voluntad : á mi lado veo constantemente á la muerta, que me acusa no sólo por no haberla vengado, sino también de haberla olvidado y de traicionarla.

— Alucinaciones causadas por la fatiga : vienes velando después de muchas noches, tus nervios están irritados y tu cabeza muy débil; extiéndete, pues, sobre ese canapé, y duerme...

— No podré conseguirlo, y me parece que he de pasar el resto de mi vida sin dormir...

Así quedaron al lado del fuego sin hablar más, hasta las dos de la mañana, hora en que Dauziat — que no tenía las mismas causas de desvelo que su amigo, — se hundió en el fondo de su sillón y durmióse. El silencio y la tranquilidad reinaban en la calle, y la habitación estaba medio oscura : Santiago, con los ojos muy abiertos,

seguía el movimiento ó juego de luces y sombras que en el techo proyectaba la chimenea súbitamente vuelto á encender, cuando creyó escuchar que Ana pronunciaba su nombre. Se volvió hacia el lecho, pero sin levantarse del asiento, temiendo provocar en la joven las violentas agitaciones que la dominaban cada vez que lo veía : ella entonces, incorporándose y apoyada sobre un codo, lo miró con los ojos fijos, y por la primera vez desde el horrible día, al joven le pareció que estaban animados por un pensamiento. Mas como no se movía, la herida lo llamó nuevamente :

— ¡Santiago!...

Lo reconocía, no había duda, y lo deseaba á su lado : entonces avanzó y ella le dijo con voz débil y lentamente :

— Estás vivo, mi Santiago, y te veo junto á mí... Mi sacrificio no ha sido inútil, porque te he salvado... Yo desesperé... Y ahora tengo sueños horribles en que creo verte muerto... ¡Ay, yo era muy desgraciada, porque fuiste á buscar la otra... Esa que no puedes olvidar nunca... Y los celos me torturaban... Hubiera querido morir para alcanzarte á mi vez y lanzarme entre ustedes... Pero me parecía que si estabas muerto, no podía se-

guirte, sino quedar en la vida con el monstruo... Mientras que si yo moría, serías tú quien me seguiría... Y amarías á otras mujeres... En fin, siempre estábamos separados... ¡Y yo estaba tan triste!... Porque todo lo que he hecho en el mundo de mal ó de bien, ha sido por conservarte para mí...

Luego lo examinó con ojos asustados, donde el delirio espantaba todavía, y le interrogó :

— Pero estás callado é inmóvil y tan grave, que pareces tu sombra... ¿Estás vivo, Santiago?

Él no habló, temiendo siempre lanzarla en su locura, pero colocó suavemente una mano sobre el brazo de la herida : ella experimentó un temblor súbito y dulce, en su rostro se dibujó una alegría deliciosa, y después continuó :

— En mi mal dormir, frecuentemente he soñado esto : Yo estaba próxima á morir, y de un nada dependía volverme á la vida ó acabar de sucumbir. Mi existencia estaba cual la llama de una bujía á la merced del viento : ¿se aumentaría? ¿se apagaría?... Nada se sabía... Era la casualidad la que decidiría... Mas no era la casualidad, eras tú... Para que yo viviera, se hacía necesario que olvidaras la otra... Si la otra salía de tu me-

moria, la pequeña llama que me animaba se aumentaría... Pero si ella era la preferida, la llama se extinguiría y reinaría la noche eterna... Hace poco todavía que he tenido el mismo sueño... La llama se doblega, se debilita, ennegrece y casi no hay ya luz... Entonces, no he querido que se apague y he hecho un gran esfuerzo para salir de la obscuridad : me he incorporado, te he visto, te he llamado, y ahora te pregunto si quieres que me vaya ó que me quede... Un día me dijiste que no me volverías á ver nunca... Hoy eres el árbitro de mi suerte : ¿quieres no volverme á ver jamás?... No tienes que hacer otra cosa que pronunciar una palabra, y desapareceré... Mas eso será muy duro, Santiago : ¡yo, que tanto te he adorado, tanto y tan exclusivamente!... ¿Quieres que viva?... Entonces es preciso amarme y olvidar todo lo que nó sea yo... La pequeña llama vacila, Santiago... No alumbrá casi nada... ¡Dentro de un instante podrá imperar la obscuridad, la soledad, el silencio!...

La sombra de la muerte pareció pasar, soberana y augusta, sobre la frente de la herida. Sus ojos miraron muy lejos, como si de antemano entrevieran los últimos horizontes : una sonrisa deses-

perada crispó sus labios y lanzó un suspiro lleno de la pena que le inspiraba su sueño casi borrado. Santiago creyó que había llegado el último instante para ella : tuvo en un segundo la visión precisa de cuánto perdía de amor, de abnegación y de dicha en esa criatura tan exclusivamente consagrada á él, y lanzó un grito tal, que sacó á Ana de las profundidades de la muerte, y tomándola entre sus brazos, como para mejor retenerla, balbuceó entre sollozos desesperados :

— ¡Quédate á mi lado, no me abandones!... ¿Qué será de mí solo en la vida?... ¡Mi única afección eres tú!... ¡No te vayas, quédate; que todo lo que no eres tú, se borrará de mi alma y desaparecerá de mi corazón!...

El rostro de Ana resplandeció de alegría y sonrió con aire de triunfo : tomó la cabeza de Santiago, posó sus labios sobre la frente del que amaba, y tras de un suspiro que le pareció á Prévinières el último, cayó como inanimada.

Á continuación de esta crisis violenta, que marcó el fin del período peligroso, la cura progresó rápidamente. Santiago no se separó de la enferma, y las pruebas de ternura que le prodi-

gaba contribuían mejor que todos los remedios á volverle la salud. No obstante, los espectros horriblos que torturaban la imaginación de la joven y la conducían á la locura y á la muerte, no estaban más que temporalmente cubiertos por el velo del olvido.

Ana se levantó, adquirió fuerzas y recuperó su belleza, quizás más seductora entonces. Sin embargo, siempre estaba profundamente triste, por más que hacía esfuerzos por mostrarse alegre y complaciente, sobre todo, porque quería agradar. Pero había de continuo una sombra sobre su frente, que nunca se disipaba del todo : Santiago la interrogaba dulcemente, tratando de saber lo que la preocupaba atormentándola; mas con una sonrisa le respondía que estaba contenta, y que no anhelaba otra cosa que estar á su lado y verlo dichoso. Pero el joven no lo estaba : una sorda inquietud lo atenaceaba, y sin cesar sentía una amargura indefinible, una sensación vaga, y á pesar de todas las razones que había tenido para perdonar, vivía mal junto á la que tenía una responsabilidad tan grande en el horroroso crimen.

Se hubiera juzgado cobarde y miserable abandonando á Ana, después que ella había pa-

gado con su sangre su rehabilitación, y se juzgaba indigno viviendo á su lado, porque con su presencia parecía que amnistiaba al matador. Tal vez la joven, con ese tacto especial que tienen las mujeres para leer en el fondo del pensamiento de aquel á quien aman, se dió cuenta de esos disgustos y de esas angustias, y como dos cómplices no castigados, que vive el uno junto al otro, quizás compartían secretamente la misma repugnancia y el mismo remordimiento.

Al comenzar la primavera, Santiago, habiendo arreglado sus negocios, les participó á su madre y á su tío que iba á hacer un viaje bastante largo : la vida de París no le gustaba, y marchaba á buscarla bajo un clima más dulce y en un lugar más tranquilo y propicio á la dicha.

Con Ana recorrió el alegre mediodía de la Francia, las costas de Italia bañadas de luz, visitó la blanca Argelia, y después, un día, entre Túnez y Bizerta, descubrió una posesión situada sobre una colina, entre encinas y adelfas : un lago dormía cerca, y donde los juncos servían de abrigo á millares de garzas y flamencos : del lado de la tierra se veía un horizonte de montañas violáceas, y del lado del mar, la línea azul de las

olas incesantemente agitadas, se confundía con el cielo, de una serenidad inmutable.

Allí se instaló por algunos días. La caza se presentaba muy buena y los habitantes del pueblecillo próximo se mostraban apacibles y diligentes ; pero prolongó su estada por muchos meses, gozando deliciosamente de la tranquilidad y de lo solitario de aquel lugar. Había comprado buenos caballos de silla y fletó una de esas largas embarcaciones egipcias que sirven para remontar el Nilo : por la mañana recorría las planicies cubiertas de ricas cosechas y los ribazos cargados de viñas, y atravesaba los campos de rosas y de geranios cultivados por los destiladores de perfumes. Por la noche paseaba en la barca con Ana las orillas del lago, tratando de hacer volar los pájaros que reposaban por un día sobre esas aguas tranquilas, antes de ganar el Norte á la aproximación de la primavera.

La vida corrió así durante muchas semanas, en una dulce calma que se parecía á la de la dicha, pero que no era tal, bien lo sabían ellos. Allá por el mes de Octubre Dauziat fué á verlos, y se mostró maravillado de la instalación. Ana sacudió por un momento su melancolía, presentándose con una

complacencia y solicitud que le devolvían, en apariencia, su encantadora gracia de otros tiempos. Á Dauziat lo ilusionó, pero no á Santiago : el escritor, alegre como un escolar en vacaciones, cazaba la perdiz griega y la liebre con Santiago, recogía flores con Ana y proyectaba escribir un drama cuya acción se desarrollaría en ese maravilloso país todo lleno de recuerdos de los fenicios, los griegos y los romanos.

Mientras tanto, el dueño de la propiedad, un negociante maltés, murió después de haber perdido la mayor parte de su fortuna. Todos sus bienes fueron puestos en venta : un palacio en Túnez, almacenes, barcos y el delicioso pedazo de tierra donde Santiago al lado de Ana, desde hacía un año, había encontrado el reposo, ya que no la alegría. Mil quinientas hectáreas rodeaban la encantadora posesión, con sus terrazas blancas, sus torrecillas adornadas con lozas de diversos colores, su lago, sus bosques, sus prados, sus viñas y sus campos de flores : toda una explotación en la cual trabajaban cien colonos indígenas, dóciles y activos, sonrientes al extranjero, prestos á amar al nuevo amo; en fin, toda una interesante labor que llenaría la vida de Prévinquières sin de-

jarle tiempo para conocer y experimentar el fastidio.

— No lo pienses más, le dijo Dauziat : compra este edén, instálate en este país nuevo que no te reserva más que dulzuras en cambio de tu dinero y de tu inteligencia. Se al mismo tiempo caballero y negociante, que nada es más bueno, más útil, ni más atrayente : le harás un servicio á tu país colonizando, y te librarás del hastío : yo vendré todos los años á pasar tres meses contigo, pues eso me será muy fácil y me servirá de reposo, y durante los grandes calores viajarás por el continente é irás á Francia á visitar á tu familia. Sobre ese buen lago, que te servirá de puerto, te harás un yacht de vapor en el que te pasearás á lo largo de las costas sobre el azulado mar. Yo he soñado siempre navegar haciendo escalas desde Esmirna hasta Tánger : nosotros realizaremos juntos ese sueño maravilloso, y podrás imaginarte que eres uno de los héroes de *Las mil y una noches*, un Simbad ó un Aladín, por ejemplo!

Santiago movió la cabeza y contestó pensativo :

— Ese sería un porvenir delicioso, si fuera seguro : contento me quedaría aquí toda mi vida,

si tuviera el derecho de esperar que nunca me vería solo...

— ¿Qué dices? ¿y Ana? ¿y yo? ¿no cuentas con nosotros para nada?... ¿no estamos aquí?...

— ¿Y siempre estarán ustedes?

Reinó un silencio grave entre los dos amigos : el aturdimiento producido en Dauziat por el encanto hechicero de las primeras horas de estancia allí, se disipó, miró á Santiago atentamente, y lo halló sombrío y triste :

— ¿Es que todo no marcha como lo soñabas?... ¿Es la salud de Ana?...

— Mi querido amigo, en apariencia, Ana se encuentra restablecida y va bien ; pero en realidad sufre y declina. No se atraviesa impunemente por pruebas como esas de las que hemos salido casi salvos : en el corazón quedan trazas que no pueden desaparecer nunca. ¿Te acuerdas cuando visitamos el castillo de Blois, que el guardián que guiaba á los viajeros á través de los compartimientos, nos enseñó sobre el piso de una sala varias manchas oscuras, raspadas hasta profundizar en la madera, y que á pesar de todo, se presentaban claramente á la vista? Esas manchas eran salpicaduras de la sangre del duque de Guisa... Pues

bien : Ana y yo tenemos lo mismo nuestra mancha de sangre, y nada puede ni podrá hacerla desaparecer jamás... Cuando la pobre joven expuso generosamente su vida por defender la mía, cuando estuvo á los bordes de la tumba por haberme salvado, me constituí junto á ella, todavía estoy y lo estaré siempre... Pero entre ella y yo el espectro de la víctima se levanta y sin cesar está presente... Cada acto de nuestra vida la trae á nuestra memoria, y aunque no nos hacemos confidencias, estamos dominados siempre por esa obsesión... Huí de París, creyendo que dejaba todos esos horrosos recuerdos... Pero somos nosotros los que tenemos que huir, porque el marco de nuestra existencia ha cambiado, la ciudad tumultuosa ha desaparecido, ahora tenemos ante la vista paisajes de calma y de reposo ; pero los contemplamos con los mismos ojos tristes y manteniendo en nuestras almas las mismas ideas dolorosas... Sufrimos del mismo mal y nos ocultamos recíprocamente ; pero sufrimos y nada creo que puede curarnos...

— El tiempo amortigua todas las impresiones, debilita todos los sufrimientos y borra todos los recuerdos.

— ¿Crées también que suprime los remordimientos?

— ¡Oh, los remordimientos!... ¡Qué palabra tan enorme!... El único que merece experimentar los remordimientos, el solo culpable, no los siente; de eso puedes estar bien seguro. No se torturen, pues, inútilmente ustedes que han sido las víctimas.

Santiago movió la cabeza y quedó silencioso, y Dauziat, pasado un momento, le preguntó:

— ¿Quieres que le hable á Ana? Ella me escuchará con voluntad, porque tengo ascendiente sobre su alma.

— ¡No! No le des motivo para remover todos los horrores en su memoria: recordárselos de nuevo, sería como presentarlos ante ella más vivos y crueles. Dejémosla en su medio sueño moral, pues por dañino que sea, al fin siempre es un reposo.

La noche descendió sobre los jardines dulce, clara, estrellada y llena de perfumes. Del lado de la cuesta, las luces de los adueros semejaban puntos de fuego en el espacio, y un perro á lo lejos interrumpía con sus ladridos el silencio. Sobre las aguas del dormido lago la luna ex-

tendía su pálida claridad, y una delicia serena lo envolvía todo como en un soberano letargo. Perdidos en esta contemplación, los dos amigos quedaron largo tiempo como mudos.

Allá por el mes de Enero, Dauziat, que se encontraba en París desde mucho antes y en toda la agitación de su vida laboriosa, recibió de América un voluminoso sobre conteniendo una esquela mortuoria y un recorte de *The New York Herald*. Al abrir la esquela, un nombre impreso con gruesos caracteres saltó á los ojos del literato:

« CARLOS. »

Y más abajo:

« MUERTO Á LOS VEINTIOCHO AÑOS. »

Dauziat le dió un golpe al papel y gritó:

— ¡Voto á bríos!... ¡He aquí un buen desembarazo! Mas ese canalla parecía constituido para vivir cien años... ¿Qué será, pues, lo que nos ha privado de su atrayente sociedad?

Entonces desdobló el recorte del periódico, y rodeado de una ancha marca de lápiz halló el siguiente fragmento de una correspondencia de Chicago:

« El ataque de los huelguistas contra los ta-

lles de Pulmann, estaba dirigido por un francés llamado Carlos. Este caballero se ocupaba en rociar los coches con petróleo para incendiarlos, cuando una bala disparada por un hombre de la policía lo dejó sin vida. Su muerte fué la señal de la desbandada general, y una vigorosa carga acabó de desembarazar los talleres. »

Unas líneas de la nodriza de Ana acompañaban á la esquila y al pedazo del diario neoyorkino : la queja se perdía en lamentaciones que debían ser sinceras, pero que terminaban por un llamamiento á la generosidad de aquellos que « habían enviado á su pobre hijo á la muerte ».

Mauricio reflexionó un momento, y como siempre práctico, tomó una hoja de papel y dirigió á Santiago el telegrama siguiente :

« Tengo noticias de que Carlos ha sido muerto en un motín de América. Inspecciona las cartas que vayan para Ana. »

El literato temía que la joven recibiera un envío semejante al que á él le habían mandado. Pero las precauciones tomadas para evitar á la pobre Ana una emoción horrorosa, fueron inútiles. Esa misma noche la respuesta de Prévinquières vino á demostrarlo :

« Gracias; pero es demasiado tarde : la noticia llegó y el golpe fué dado. Ven pronto, si quieres ver á Ana todavía con vida. »

Sin demorarse más que para el arreglo de sus negocios más urgentes, el escritor partió por el tren rápido.

En algunos meses el mal de que sufría Ana había progresado terriblemente : la devoraba una fiebre imposible de calmar, pero una queja no salía de su boca siempre sonriente, y caminaba hacia la muerte con una resignación angélica. Sin cesar, extendida bajo la galería, frente al lago en cuyas orillas las palmeras, temblando al viento del mar, abrigaban centenares de palomas, la joven soñaba, con los ojos fijos y el semblante doloroso; pero cuando se presentaba Santiago, de súbito se volvía riante y graciosa. Se sentía resbalar cada día más pronto hacia la tumba, y aceptaba la prueba con el valor de una mártir, siendo su única preocupación ocultar su estado de sufrimiento á Santiago, por evitarse ella misma el horror de verlo desesperado.

Así llegaron á la mitad del invierno. De tiempo en tiempo, Ana se paseaba todavía en la barca en los días de sol, constituyendo éste su único placer,

y dirigiendo sobre aquellos pintorescos lugares sus ojos moribundos, como si se despidiera de la naturaleza.

Una noche á las nueve, al regresar á su casa, y mientras dejaba en su habitación un abrigo que el aire vivo de la noche la había obligado á echarse sobre los hombros, la criada le trajo los periódicos — que ella no leía nunca — y las cartas : abrió una voluminosa con sobre de luto, y al instante lanzó un grito ahogado.

Santiago, que fumaba en el balcón, entró y la vió pálida, sujeta á un mueble para no caerse, mirando con ojos de loca la carta, que inútilmente trataba de acabar de leer. Sin que una palabra pudiera salir de su garganta contraída, le tendió á su amante el fatídico papel, pero él, en vez de tomarlo, la levantó á ella entre sus brazos, la colocó en una silla de extensión, le habló haciéndole reflexiones y esforzándose en calmarla. Al cabo de un tiempo, Ana recuperó fuerzas, y balbuceó entre sollozos :

— ¡Ya murió ese desgraciado, Santiago, ya murió ese desgraciado!... ¡Se ha ido el primero!... ¡Ahora me toca á mí!... ¡Sí : la misma falta y el mismo castigo!...

Todavía pronunció algunas palabras espantosas y después cayó en un abatimiento profundo. Santiago, desesperado, destruyó la carta y pasó toda la noche junto al lecho de Ana, velando su sueño febril é intranquilo.

Desde este momento, las fuerzas de la joven declinaron rápidamente. Los médicos de Túnez que se llamaron no sabían qué nombre dar á la enfermedad, pero pronosticaban que el estado de la paciente era muy grave. Ana volvió á mostrarse muy calmada, muy dueña de sí, no se quejaba y para todos los que la rodeaban no tenía sino sonrisas. La llegada de Dauziat le proporcionó una alegría pasajera : consideróse dichosa de volver á verlo, y le habló con tal tristeza resignada, que desconcertó al literato :

— Mi buen Dauziat, estoy contenta, porque usted ha venido... Bien pronto dejaré de existir, y lo que me atormenta es la idea de que Santiago se encontrará solo... Sabe usted todo lo débil que es ante el dolor, y cómo ha de desesperarse mucho cuando me pierda, porque voy á producir un gran vacío en su vida. Llévelo con usted y no lo abandone nunca mientras no se halle completamente consolado... No mueva la cabeza : él se consolará,

es necesario que se consuele, y cuento con usted para que lo ayude... Á su edad un hombre no vive sin amar... Deseo que se case... No se lo diré á él, porque le causaría demasiada pena; pero usted se lo dirá de mi parte más tarde, cuando esté un poco calmado... Búsquele una mujer, Dauziat, usted que tiene juicio... Usted la escogerá buena, porque es necesario que él sea dichoso... Y para que no me olvide completamente, no la escoja muy bonita...

El rostro de la joven, al pronunciar estas últimas palabras, se iluminó con una de aquellas sonrisas que en otros tiempos la hacían tan seductora, y luego, sin poder reprimir su llanto, le dijo :

— ¿Ve usted?... ¡Siempre celosa!... ¡Ah, corazón obstinado, que no quieres abdicar!... ¡Pues bien, mi querido Dauziat : bonita, si lo es; pero sobre todo, buena, para que lo haga dichoso!...

Y como viera correr una lágrima sobre la mejilla del literato, murmuró con ternura :

— No llore usted, amigo mío : ¡que no se diga que hasta en mi hora postrera hice llorar á aquellos que más he amado!

Después de esto, llamó á Santiago y pareció más tranquila : luego se hizo conducir á la galería en

frente del lago que tanto le gustaba, y reteniendo á los dos amigos junto á ella, se mostró jovial y casi coqueta. Pero allá á las cuatro, á la caída de la tarde, tuvo un desfallecimiento : una sombra violácea dió á su frente una gravedad sombría, sus ojos quedaron fijos y se esforzó para sonreír todavía una vez más á Santiago y á Dauziat ; su mano se agitó débilmente, y lanzando un gran suspiro dejó caer la cabeza hacia atrás. Los dos amigos cayeron de rodillas, y en el mismo momento, del borde del lago una bandada de blancas palomas se levantó girando como copos de nieve sobre la púrpura del sol, y parecía que en el batir de sus alas conducían el alma de la joven á la región de los cielos.

FIN



